

ROGELIO PRETTO

Recuerdos de infancia y de ultrajes ecológicos

Ami me encantó crecer en Colón. La isla de Manzanillo fue un rincón del mundo abundantemente placentero en donde pasar mis años de juventud. Colón entero me servía de patio donde pude embeber el verdadero regocijo de jugar. El contacto íntimo con el litoral y el fácil acceso a la bahía me permitían un enorme chorro de oportunidades para vivir la buena vida del niño. Cuando disfrutaba de la robusta belleza geográfica de mi ciudad natal, cualquier problema que pudiera sufrir de muchacho era fácilmente olvidado, se evaporaba ligeramente entre las delicias del panorama tropical que me envolvía.

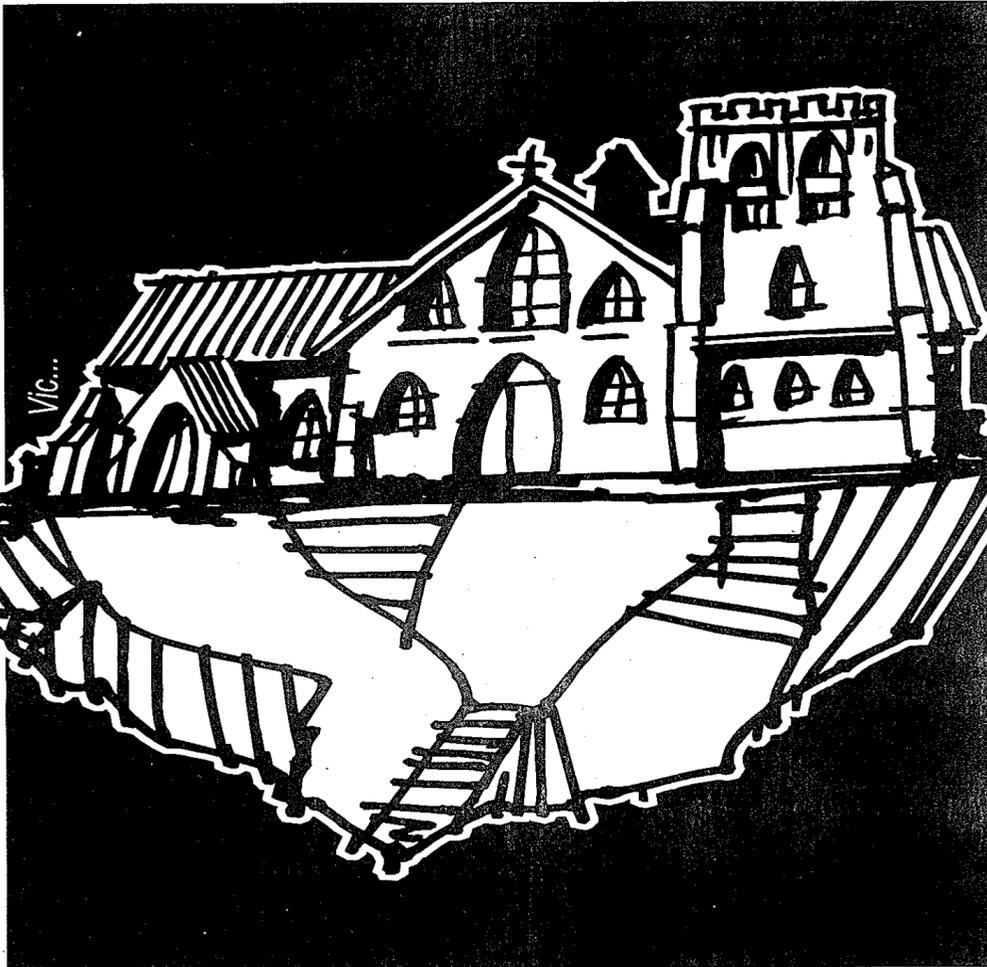
Para mí y para mis amiguitos, el litoral de Colón ofrecía un menú variado de coloridos rostros. Desde muy joven, llegué a conocer la enigmática tenebrosidad de Folks River y la intimidante excentricidad de La Playita. Los bailes y las fiestas en el Club de Extranjeros brindaban la oportunidad de una experiencia romántica en sus balcones, o de momentos de callada contemplación observando el cielo y los buques que poblaban la bahía en su ir y venir por el Canal. Hice buceo en el arrecife frente al Hospital Colón, y en las orillas cercanas al Hospital Amador Guerrero jugué de todo; volé cometas, pesqué infinidad de veces desde el muellecito, y le permití a mi imaginación más que un montón de razones para que se desbordara de fantasías.

Era costumbre para mí y para mis amiguitos, después de haberlos zampado tres capítulos y una película de acción en el Teatro Bolívar por diez centésimos de balboa, apearnos en una chiva que por un real nos llevaba justo a la entrada del Amador Guerrero en calle 10. Frente al hospital, en el trecho de espacio libre cubierto de hierba y salpicado de palmeras altas, revivíamos, con el siempre bello cuadro de la bahía de fondo, las aventuras que acabábamos de ver en el cine.

Por supuesto, no éramos los únicos que gravitábamos hacia los cercanos terrenos costeros de la ciudad. Todo Colón lo hacía. Pero con todo y la proximidad de la bahía, para los residentes de Colón no todas sus orillas eran nuestras. Claras demarcaciones oficiales y extraoficiales nos prohibían, o al menos, negaban o limitaban, el acceso a ciertas secciones del litoral público de la ciudad.

El sector más hermoso de Manzanillo, el cual mira hacia el confiable rompeolas que forma la boca de entrada a la bahía, pertenecía a las adyacentes comunidades zoneitas de Fort De Lesseps y Nuevo Cristóbal. Sus residentes tenían como vista permanente, frente a ellos, el transitar de la flota mercante del mundo y los atardeceres más hermosos de la tierra. La punta más privilegiada del lugar era ocupada exclusivamente por el Hotel Washington. Su sólido muro circundaba los terrenos del hotel y corría por un tramo de la Avenida Bolívar hasta llegar justo a la orilla. Por fortuna, el muro no entorpecía a la importante avenida su apertura al mar.

Por varias cuadras desde la Avenida Bolívar el espacio costero era libre, hasta que se topaba con la cerca de malla de acero de la escuela secundaria de la Zona en Nuevo Cristóbal. Los terrenos del colegio se extendían hasta la punta Este del litoral. Desde allí la costa resumía su libre espacio, hasta que daba con los crecidos matorrales que cubrían los terrenos inhabitados detrás de la escuela Abel Bravo. En pocos años estos darían paso al muro de la Zona Libre de Colón, el primer indicio de la obsesión de nuestros gobiernos por amurarlar, en nombre del desarrollo, el patrimonio escenográfico de nuestra pe-



paseo próximo a la vía ferroviaria, desde el que se podía contemplar la bahía y la comunidad de La Playita.

Abuso 4: El Club de Extranjeros dejó de existir dejándonos sus amplios espacios con palmeras frente a su entrada. Desde allí se podía contemplar el tráfico de buques en la bahía antes de toparnos con el triste muelle de calle 5 y sus bodegas que entorpecían la vista hasta Fort De Lesseps. En los terrenos adyacentes y frente al club se levantó un grotesco muro de contenedores que cegó por completo la bella vista.

Abuso 5: De Fort De Lesseps sacaron a todos los habitantes panameños que habían ocupado el sector después de la reversión de tierras a Panamá, para ofrecerle las propiedades a familias pudientes que construyeron sus casas pegadas al mar. Las vistas elegantes de la bahía, a las que al fin teníamos acceso, fueron dadas a los privilegiados ocupantes de la nueva urbanización, para su exclusivo deleite.

Abuso 6: A Lacas, que cuando era presidente usaba el Hotel Washington para armar sus orgías y sus reuniones de sobornos, se le antojó construir una extensión del muro del hotel que tapó la perspectiva a la bahía que nos ofrecía tan hermosamente el comienzo de la Avenida Bolívar. El propósito: la construcción de una cancha de tenis que luego convirtieron en una piscina. ¡Toma pueblo colonense!

Abuso 7: Finalmente, la panorámica vista de Coco Solo desde Colón ahora muestra un fortín de contenedores y buques enormes que no solo ha obstaculizado gran parte de la geografía natural del elegante horizonte, sus desenfundadas operaciones mercantiles, sino que también presentan una

seria, bien seria, amenaza para la salubridad pública y los frágiles ecosistemas marinos de toda la bahía.

¿Qué creatividad ha demostrado el torrijismo en sus soluciones para el desarrollo de Colón!

Todo lugar en el mundo dotado de hermosa riqueza natural es codiciado por la gula desmedida de aquellos que ansian ultrajar su belleza por razones mezquinas. Esta gente ve en los espacios geográficos prístinos (que irónicamente vibran llenos de vida ante sus propios ojos) solo la oportunidad de su explotación comercial, sin importar la degradación ambiental que causarían sus dizque concienzudos y bien intencionados proyectos de desarrollo. La médula del argumento que emplean para que se les conceda el permiso oficial de explotación es que el proyecto, de seguro, reduciría el desempleo fomentando fuentes de trabajo.

No nos dejemos engañar. El mundo está colmado de los residuos inertes y profundamente costosos, social y ambientalmente, que dejan las consecuencias de estos proyectos. Nuestra defensa contra estos abusos de los gobiernos debe ser constante y militante. Las ganas de ofender el medio ambiente en nombre del fomento económico es permanente en esos intereses nacionales y extranjeros que saben negociar proyectos irresponsables de explotación comercial con gobiernos prestos al soborno. Panamá ha tenido una serie de ellos. Pero ninguno le ha causado al país más daño ecológico que los nacidos del torrijismo. Tal parece que ahora, con el proyecto Colón 2000, sus herederos perredistas quieren llevar nuestra requeteviolada ciudad a los mismos catastróficos niveles de daño que está causando el Corredor Sur.

¿Cuántos ultrajes más puede resistir Colón antes de morir? ¿Cuántos soportará el país? En manos de esta gente, sabe Dios. ■

(El autor es pintor)

queña y acogedora ciudad.

Durante mi juventud el acceso público a la bahía, aun en los tramos no impedidos, no era del todo permitido. Gran parte del espacio libre quedaba frente a residencias de la comunidad zoneita de Nuevo Cristóbal. En esas áreas del litoral no podíamos jugar libremente como lo hacíamos frente al hospital Amador Guerrero. Los de la Zona nos vigilaban constantemente y nos corrían de allí cuando nos volvíamos ruidosos o cuando se les antojaba. Pero el mejor *blue hole* del arrecife costero quedaba justo en el área frente al Hospital Colón de Nuevo Cristóbal, así que cuando nos provocaba bucear entre los peces que visitaban las aguas de la piscina submarina, nos conducíamos de tal manera de que no nos fueran a correr.

Las áreas prohibidas presentaban un reto especial para mí y para mis amigos. Ansiosos por explorar, cualquier prohibición del acceso a la costa nos era irritante. A veces, para demostrar nuestro repudio, invadíamos estos sectores a la luz del sol o de la luna y, a propósito, dejábamos claras señas de nuestra intrusión.

Con todo y los estorbos de la infraestructura zoneita, el paseo por el litoral era hermoso y saludable, y algo de lo cual muchos residentes de la ciudad disfrutábamos diariamente a pie, en auto o en bicicleta. La pasábamos bien en Colón con tanto cielo y mar a nuestro alrededor.

Con la reversión de Nuevo Cristóbal y Fort de Lesseps a manos panameñas, otros niños serían los que darían rienda suelta a sus imaginaciones jugando en las al fin liberadas áreas del litoral. Las restricciones impuestas por los americanos serían cosa del pasado para las nuevas generaciones de jóvenes colonenses. Y así fue por unos años... hasta que llegaron los militares y comenzaron a sufrir nuestros es-

pacios públicos su peor asalto.

El torrijismo, al menos en Colón, mostró la mayor propensión a usurpar nuestra belleza natural. Con apuro hambriento, se le echó diente a las áreas públicas de campo abierto y vistas libres que ofrecía el litoral. A cada paso, las aperturas que ofrecían el respiro de las brisas purificadoras de nuestra bahía eran amuralladas sin conciencia. La complicidad de intereses codiciosos entre empresarios y gobernantes de la dictadura produjo una cadena de abusos al litoral público colonense, contribuyendo a su peor degradación. Hagamos un recorrido parcial de sus ultrajes.

Abuso 1: El High School de Cristóbal se convirtió en el Colegio Guardia Vega. Este heredó de los americanos un campo deportivo abierto que, aunque restringido por una cerca de malla, al menos nos ofrecía la oportunidad de poder contemplar el panorama. No duró mucho en manos torrijistas. Como un enorme muro, nuevas edificaciones escolares de concreto fueron levantadas y usurparon toda la vista libre de la bahía.

Abuso 2: En la Avenida del Frente, un tramo de varias cuadras de almacenes turísticos ofrecía una vista hermosa de la mundialmente famosa entrada del Canal. Para los visitantes extranjeros, el paseo era un deleite del que seguro hablarían durante años. Allí, justo al otro lado de la calle, a lo largo del paseo, frente a los atractivos antiguos edificios existentes, construyeron un insípido centro comercial de dos pisos que bloqueó por completo la vista hacia nuestra bahía.

Abuso 3: El INAC, cuyas instalaciones en Colón ocupaban la antigua estación del ferrocarril, no solo construyó feas adiciones e hizo arreglos a las instalaciones, indignos de la supuesta imagen cultural propia del instituto, sino que también se apropió del

DEMOSGRACIA

